

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL COLOQUIALISMO EN LAS CICATRICES DE LA MEMORIA.¹⁰

Todo el teatro de Jorge Díaz aparece caracterizado por su manejo de los registros lingüísticos, perfectamente adaptados al uso del lenguaje propio de cada contexto y de cada psicología. En el caso de *Las cicatrices de la memoria*¹¹, la pareja de personajes, Teodosio y Ana, desarrollan sus diálogos en momentos diversos de una relación que se inicia en 1968 y que en 1985 quiere romperse.

El simple cotejo de diálogos pretendidamente realistas en el teatro de una y otra fecha refleja diferencias indudables en la fraseología, propias de las distintas 'modas' a que la lengua es tan sensible y de las que se hace tanto eco. Sin embargo, debe adelantarse que una evolución al mismo ritmo no se produce en los usos lingüísticos de estos dos personajes, en parte, tal vez, por la intención de lograr el reconocimiento de ambos, cuyas vidas ya muestran de por sí los suficientes avatares. El lenguaje varía imperceptiblemente en ellos, del mismo modo que el envejecimiento de sus rostros no modifica sus fisionomías hasta el punto de transformarlos en otros.

Parte importante del efecto coloquial reside en el aderezo de locuciones y perífrasis verbales: 'dejar cortado' (*'me dejaste cortado'* 1988: 29), 'ir de + adjetivo' (*'vas de progre'*, 1988: 17), 'echar el bofe' (1988: 61), 'jugarse el tipo' (*'me jugué el tipo en las huelgas'*, 1988: 14), 'traerse meneos' (*'los meneos que se trae con mamá'*, 1988: 41), 'calentar el coco' (*'querías calentarme el coco'*, 1988: 22), 'pasar de' (*'yo pasaba de eso'*, 1988: 22; *'tu tío vegetariano y tus amigos mariquitas de la Universidad pasaban de la carne'*, 1988: 33), 'hacer puré' (*'los habré hecho puré'*, 1988: 11), etc.

Por otra parte, la juventud de ambos en las escenas referidas a sus primeros años de relación, su postura ideológica 'contestataria' y el trato de descuidada confianza que la unión de ambos puntos conlleva, aparte de la posterior unión matrimonial y de convivencia, eliminan en el trato verbal mutuo toda cortesía y potencia el coloquialismo dicho.

Merece reseñarse el hecho -frecuente en el teatro de Díaz, como ya se ha expuesto- de que se trata de dos personas en continuo enfrentamiento, que desarrollan sus combates a través de una competitividad lingüística basada en la originalidad y el ingenio fraseológico -y no sólo conceptual- la mayor parte de las veces, como si consideraran aquéllos pruebas definitivas y definitorias de su superioridad frente a la pareja-adversario. Incluso cuando ceden, procuran vencer al menos con una reacción inesperada. Así, cuando ante la resistencia de Ana a que sea Teo quien se quede con el reloj (el reparto de muebles, aquí comunes, frente a los de *El cepillo de dientes*, sirve de nuevo como motivo y como carga emotiva para el recuerdo) se espera de Teo una defensa razonada, acaba por gritarle:

'Trágate el reloj y déjame en paz' (1988: 12)

La viveza y la expresión afectiva han de manifestarse, en seres con las características de Ana y Teo, a través de locuciones que encajen con una ideología que exalta la 'espontaneidad' sobre la medida. Los giros de los que se valen, no obstante, no son siempre novedosos. Por ejemplo, 'de mucho cuidado', sintagma procedente del lenguaje taurino (Beinhauer, 1978: 74)

"¿Y no te parece una chorrada burguesa de mucho cuidado haber..." (1988: 27)

¹⁰ La obra ganó el Premio de Teatro Jirso de Molina en 1985.

¹¹ Cito por la edición de la Biblioteca de Antonio Machado, donde se titula *Ayer, sin ir más lejos*.

y otros ejemplos:

'ni pizca de gracia' (1988: 17); *'no te miró ni así ni así'* (1988: 40)

pero sí sorprenden siempre por lo inesperado o por el contexto en que aparecen.

A una ideología que exalta el valor de los sentimientos primarios, a una forma de pensar que aboga por no cuidar el sometimiento de aquéllos a los postulados dictados por la urbanidad, sino manifestarlos 'espontáneamente', corresponden conversaciones plagadas de exclamaciones clasificadas entre las soeces (joder' -y, en labios de Ana, su eufemístico 'jo'-; 'anda', 'leche', 'coño', 'mierda'), que abundan por doquier.

Se enfatiza por medio de fórmulas fijas y construcciones optativas la importancia o, por el contrario, el desinterés con que el sujeto observa una circunstancia o a una persona:

'Por mi, como si le operan' (1988: 61)

'¡Anda y que te empapelen con todos tus certificados!' (1988: 35)

'Que les den por culo' (1988: 35).

'Que les den por saco' (1988: 25)

'Allá se pudran' (1988: 15)

Además, los personajes, conscientes del desgaste semántico de los términos bruscos por su uso continuado, procuran, mediante la hipérbole, devolver a tales vocablos su sentido primigenio, como en el caso del irreverente 'hostia' -aunque tampoco falta 'ostras', el eufemismo-:

'Aquí va a haber más hostias que en un Congreso Eucarístico' (1988: 52)

re-semantización que el autor, cauto, intenta atenuar por medio de una ortografía que imprime en minúscula la inicial.

La hiperbolización alcanza a la mayoría de las intervenciones, en un intento de suministrar energía, fuerza, a cada expresión, ya sea para significar cantidad mínima o ínfima o ninguna:

'Tu sueldo no alcanza ni para los yogures de Quique' (1988: 53)

'No me paga ni la pildora' (1988: 17)

'No se entera ni Dios' (1988: 25)

'No dijeron ni "mu"' (1988: 69)

'Mi padre no soltará un duro' (1988: 32)

'Mi padre no va a soltar ni un clavo' (1988: 52)

o lo contrario, fin para el que se repite cierto sintagma preposicional, encabezado por 'hasta' y unido a un sintagma nominal:

'Me recomiendas discreción y se deben haber enterado hasta en El Pardo' (1988: 30)

'Tu padre facha te comprará hasta las bragas' (1988: 17).

El autor no olvida las posibilidades de las relaciones metafóricas, ya sean logradas de modo impresionista o por medio de oraciones relativas, comparativas o consecutivas:

'Este taller: Siberia pura' (1988: 26-27); *'Tengo la punta de la nariz con estalagtitas'* (1988: 71).

'es una momia que apesta' (para referirse a una cantante) (1988: 14)

'Una vez, el primero de mayo (me envió) unas rosas rojas y dos aspirinas para echarlas en el agua, que así duraban más. Luego me estuvo hablando de macroeconomía y me dio un dolor de cabeza que me tuve que beber el agua del florero' (1988: 61).

En general, lo que se aprecia y distingue la originalidad del autor consiste en la carga semántica con que rellena construcciones al uso:

'Sólo le faltó cantar gregoriano' (1988: 61)

Un objetivo en consonancia con la hiperbolización parece perseguir el empleo de locuciones adjetivas y adverbiales, que funcionan como expresiones de la cantidad en grado superlativo. El determinante exclamativo 'qué' al que se suma un sustantivo o adjetivo sustantivado, es utilizado por Díaz con valor ponderativo de aquello a lo que determina:

'¡qué pasada de nombre!' (1988: 20), *'¡qué comedura de coco!'* (1988: 16).

También con el exclamativo 'cómo':

'¡Cómo chupa cámara el tío, oye!' (1988: 60)

el empleo de 'pasada', formación derivada del verbo 'pasar'/'pasarse', sinónimos de 'extralimitarse' se presenta aquí en un uso semántico también superlativo, lo que ratifica cómo los personajes refuerzan al máximo las expresiones coloquiales de por sí hiperbólicas y superlativas.

La utilización de 'cantidad' con valor adverbial, frente al adverbio semánticamente neutral 'mucho', representa la forma 'marcada' por 'agrandar' gracias a su 'desvío' el propio significado. Así, 'cantidad' vendría a desempeñar la función del superlativo 'muchísimo': *'me vas cantidad'* (1988: 28).

Otras locuciones fijas y lexicalizadas se colocan como contestación a muchas preguntas a modo de comodines con este mismo valor: *'de puta madre'* (1988: 25). En general, el lenguaje muestra su violencia y revela aquélla con que sus usuarios viven íntima, interiormente, los sucesos y las situaciones diarias. Ana y Teo fuerzan las posibilidades de la lengua estándar y optan siempre por los derivados y expresiones que añaden al valor denotativo un peso importante de carga emocional y de connotaciones en torno a la agresividad o brusquedad, a veces por medio de la sufijación, como en el caso de los sustantivos con sufijo 'ete': 'rojete', 'cabroncete'.

En los contextos dados, estos vocablos adquieren tonalidades afectivas cariñosas por parte del emisor hacia las personas a las que se aplican si bien, paradójicamente, por medio del

distanciamiento que logra la ironía impresa gracias a un sufijo en principio de matiz peyorativo o despectivo: cuando los esposos, en el nuevo piso que tanto trabajo les ha costado conseguir, observan la ausencia de los suficientes muebles, Teo sale con:

Tenemos a Quique. Ese cabroncete llenará todos los rincones vacíos' (1988: 52).

Así pues, igual que 'rojete', funciona, en palabras de Beinhauer como una 'injuria ficticia'.

El extremo al que se lleva esta tendencia incluye el aumentar la fuerza de términos de por sí soeces, no tanto por sobrecargar el significado de base, sino por proyectar la irritación del emisor: *'¡Qué maricón de crío!'* (1988: 57). En otras ocasiones los personajes optan por la visualización de las ideas a través de una serie de metáforas y símiles encadenados, cuya acumulación provoca diversos matices e insospechados efectos:

*'Ha sido una lenta transfusión: de sangre revolucionaria a horchata de chufas (...)
Si hubiera usado lentillas a tiempo no me habría equivocado tanto. He repartido mis
abrazos a gente sin futuro.'* (1988: 70).

desde la melancolía a la caricaturización:

*'ANA: Teo, me siento tan inútil. Sólo quiero llegar a alguna parte a lamer mis
heridas.*

*TEO: (...). No puedo compadecerte. Yo también tengo goteras y el aire se me cuele
por todas partes. (...) ¿Sabes lo que yo necesitaría en este momento? Una mujer-
pasamanos, para apoyarme en ella bajo los peldaños podridos, pero sé que si
vinieras en mi auxilio, te rechazaría'* (1988: 76).

'se irá como un zombie a donde llevemos el televisor' (1988: 33).

'Tus amigos rojos de Comisiones eran castos como benedictinos' (1988: 32).

'Nos pasábamos los fines de semana fumando y follando como conejos' (1988: 22).

para prolongarse cuando uno de ellos continúa o responde siguiendo el juego metafórico iniciado por su interlocutor:

TEO: Me siento estafado (...) como después de haber jugado a un número perdedor.

*ANA: Si apostaste a la carta Arturo fue porque te pareció un número ganador, una
ficha política en alza.* (1988: 66).

ANA: ¡Ah!, yo también actúo en esta comedia.

TEO: Como la protagonista.

ANA: Gracias por el papel. (1988: 63).

No se desperdician los giros cultos, siempre con recalcada intención irónica: Ana se refiere a un amigo que se ha pasado de un partido político a otro diciendo que *'su fina glándula pituitaria ha percibido el cambio de aires'* (1988: 62) tras escuchar a su marido que *'...no se presenta como rojete cutre. Va de moderato cantabile. Sólo le faltó cantar gregoriano'* (1988: 61); y Teo se disculpa de no recordar cómo él y Ana concibieron a su hijo con la excusa *'Yo soy amnésico de la próstata'* (1988: 34).

En cualquier caso, lo que resalta es la desautomatización del lenguaje que logra Díaz escena a escena, una enérgica y sagaz desautomatización con técnicas sencillas y expresiones del uso cotidiano que imprime originalidad, novedad, a situaciones sobradamente conocidas y manidas.